

DOMINICANOS

Un amigo estimadísimo, condiscípulo de cursos universitarios, instigador de sueños y volantines, me encuentra, abraza y dice:

—¿Quieres oír un chiste de dominicanos?

—No, le contesto.

La mirada del amigo viaja de la decepción al desconcierto.

—¿Por qué no?

—Porque me los sé todos.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Sabes por qué Hitler mató a los judíos?

—Porque no conocía a los puertorriqueños.

—No hombre, no. Porque no conocía a los dominicanos.

—¿Ves que me los sé todos?

El énfasis que pongo en la palabra *todos* me obliga a retirar las manos de sus hombros. Me obliga, por otro lado, a ampliar la respuesta.

—Son los mismos chistes que se hacían sobre nosotros, los puertorriqueños, en los Estados Unidos de Norteamérica. Se hacían y se hacen.

—Parece mentira que te falte sentido de humor.

—Se trata de otra cosa. Se trata de que los chistes dan por buena la repugnante hipótesis de la inferioridad dominicana. Aparte de que los llamados chistes de dominicanos los sazona nuestro oculto prejuicio racial.

—Ya vienes, de nuevo, con la vaina del prejuicio racial.

—No es vaina. El exilio dominicano lo integran, principalmente, negros, jabaos y mulatos. Por eso, también, se les trata como a una hueste peligrosa, infictiva.

—Bien, aún así, ¿quieres o no quieres oír un chiste de dominicanos que te va a hacer mear de la risa? ¿Sabes el del dominicano al que mandaron a buscar un cargamento de coca?

—Debo saberlo. Son los chistes que se utilizan siempre para escarnecer a los emigrantes. Son los chistes en que se describe a los emigrantes como brutos, como incoherentes, como desaseados, como faltos de sensibilidad elemental. En Alemania se escarnece a los turcos. En Francia se escarnece a los marroquíes. En California se escarnece a los mexicanos. Y en el Puerto Rico actual se escarnece a los dominicanos. ¡Como creemos que somos primer mundistas ya reclamamos nuestro derecho a ser fascistas!

Sin perder el temple invito al amigo estimadísimo a tomar café en el restorán cercano donde suelo desayunar. Acepta de buena gana. Una vez sentados, una vez bien atendidos por el camarero Justo, procedo a aclararle.

—A mí me sobra el humor.

—No lo parece.

—Lo reservo para burlar lo que merece ser burlado. El hambre y la miseria nunca me producen risa. Los dominicanos que arriesgan su Unica Vida para llegar hasta acá

huyen del hambre, de la miseria. Y su valor se me hace patente cuando los sé viajeros de una yola frágil, a la búsqueda azarosa de la incertidumbre.

—¿Qué es eso de incertidumbre? Salen hacia Puerto Rico, no salen hacia Haití.

—Amiguito, no malversemos el idioma. Ni tú ni yo sabemos lo que quiere decir incertidumbre, viviendo como vivimos en la colonia política más mimada del universo. Los dominicanos sí saben cuanto se llama incertidumbre, los dominicanos a los que se trata como si estuvieran de ilegales, no ya en Puerto Rico, pero sí en la misma vida. Además, los ilegales forman un grupo menor dentro de la amplia colonia dominicana que aquí reside.

Pedimos otro café. El camarero Justo pregunta si queremos agua. Asentimos. Con una voz baja, sugerente de complicidad, el condiscípulo de cursos universitarios me susurra.

—Chico, ¿qué pasa? Los chistes eran para gozarse entre puertorriqueños de verdad, como tú y como yo. /

—No me impliques en esa puertorriqueñidad. Yo soy persona antes que nada. Del dominicano me importa su humanidad primero. Lo mismo me ocurre con el cubano, con el colombiano, con el gringo.

—Por más que lo adornes los dominicanos que vienen a Puerto Rico son problemáticos.

—Algunos dominicanos que vienen a Puerto Rico son problemáticos. Como algunos puertorriqueños que salen fuera de Puerto Rico son problemáticos.

—Tú no sabes cómo me endemonio cuando me entero de las fechorías que hacen aquí los dominicanos.

—A mí también me indigna que algunos dominicanos

vengan a engrosar nuestros apartados delincuentes. A mí también me insulta que algunos dominicanos utilicen nuestro suelo patrio para el funesto traqueteo con los narcóticos. Pero, la inmensa mayoría de los dominicanos viene aquí a ganarse la vida con limpia dedicación, sin poner reparos al trabajo decente ni la hora de efectuarlo. Incluso, viene a realizar las tareas que, muchas veces, los puertorriqueños nos resistimos a realizar pues las consideramos rebajadoras de nuestro nivel social e intelectual. La inmensa mayoría de los dominicanos que viene a Puerto Rico responde a los calificativos de honrados y tratables. La inmensa mayoría de los dominicanos que vive en Puerto Rico ejercita, a diario, la dignidad.

El instigador de antiguos sueños y volantines distrae la mirada como si buscara dónde posarla. Los años apenas lo han rasguñado. Todavía teatraliza los gestos con el mismo candor que cuando nos conocimos y se convirtió en amigo. No es una mala persona ni podría serlo aunque se lo propusiera. Lamentablemente, siempre le guardó mayor fidelidad a sus defectos que a sus virtudes. Como no quiero que me descubra escudriñándolo carraspeo con el propósito de despabilarlo. Entonces, con la changuería del muchachón que ya no es, me dice:

—¿Me permites una última opinión?

Le contesto que sí. Lo oigo decir con una claridad recalcada —El cielo no se tapa con las manos.

Yo le pregunto si me permite una última opinión. Contesta que sí, sonreído de pies a cabeza. Recalco la claridad cuando le digo: "Los prejuicios desactivan la inteligencia".

Pido al camarero Justo la cuenta, le doy la propina y me allego a donde Jaime, el cajero, a pagar. Enseguida, mi

amigo y yo salimos a otra mañana de este verano loco, mañana a ratos lloviznosa, mañana a ratos soleada. Nos despide la promesa de encontrarnos cualquier día. Después, el uno adiosa al otro con las manos.

Vuelvo a casa en menos de un santiamén pues me aprieta el hambre de escribir. Autoritario, le exijo a la memoria que desafíe el olvido y ponga orden y criterio en el incidente que acabo de vivir. Las primeras oraciones fluyen, sedosamente:

Un amigo estimadísimo, condiscípulo de cursos universitarios e instigador de sueños y volantines me encuentra, abraza y dice:

—¿Quieres oír un chiste de dominicanos?

ELOGIO DE LA FRITURA

La fritura y el culivicente aeróbico son enemigos acérrimos. Por tanto, si la lectora se ha consagrado a los evangelios sudoríferos de Jane Fonda no debe leer una línea más. Tampoco debe leer una línea más el lector apolíneo cuyo ego se fragiliza en cuanto le baila por la cintura la leve sombra de un chicho. Menos debe seguir leyendo quien cayó en la ínfula *gourmet* y el paladar se le ha vuelto catedrático.

La ínfula *gourmet* miente al decir que sabe bien la batata a la marsellesa acostada sobre una colcha de alcachofa en flor. Otra vez miente al afirmar que saben a lo que no saben las patitas de cerdo marinadas en néctar de melocotón, polvoreadas con especería hindú y adornadas con ramilletes de albahaca.

En cambio, a los lectores que salivan como los perros de Pavlov en cuanto oyen decir *bacalaíto frito*, los lectores cuyo corazón se encabrita cuando ven una alcapurria zambullirse en la manteca chispotorreante, los saludo como hermanos en la fe y los exhorto a continuar la lectura.